

Françoise Vatant

## Identidad y etnografía. Un marco teórico: la dimensión subjetiva de todo grupo humano\*

Cada época e institución tienen sus modas, aun cuando una formulación más fecunda pudiera ser que uno se adhiera a tal o cual moda —siempre presente, no siempre actualizada— a medida que pasan sus años e intereses; no debe ser casual empezar una comunicación que tiene por título “Identidad y etnografía. El marco teórico: la dimensión subjetiva de toda sociedad” con una reflexión intrascendente que apunta a la relación de un “individuo” con un contexto social.

Empezaré por dar algunas premisas sobre “identidad”, partiendo de su sentido común como lo que es, o sigue siendo, lo mismo a pesar de las diferencias, para avanzar, en esta línea, sobre

\* Este artículo, presentado por primera vez en el Congreso del CICAIE en 1993 en la ciudad de México, fue entregado este mismo año al *Boletín de Antropología*, que lo había programado para el número 41. Cambios internos a esta revista hicieron que se traspapelara la copia entregada. Después de haberlo discutido en tres cursos optativos y de haber trabajado libros que no conocía en el momento de escribirlo, ahora (1996) lo volvería a escribir enteramente, pero sería otro artículo; pienso que esta versión puede ser rescatada como eslabón de un futuro que se está todavía gestando.

puntos que me parecen de mi incumbencia, explicitando desde ahora que no son los únicos,<sup>1</sup> sino los más urgentes en mi práctica actual:

1. Es una “categoría” sin referente directo concreto y aplicable en diferentes contextos, que permite aprehender fenómenos concretos; como tal, presenta un aspecto intrínsecamente subjetivo que adquirirá toda su importancia

<sup>1</sup> Hay, hubo y habrá varias maneras de abordar el problema de la identidad, por lo demás radicalmente diferentes según las disciplinas. En relación con la antropología, uno de los enfoques más interesantes, más fructíferos en el continente, y en mi opinión más criticables, es el de F. Barth, sintetizado en su “Introducción” a *Los grupos étnicos y sus fronteras*, FCE, México, 1976 (1969). Sin embargo, mi problemática es radicalmente diferente, entre otras cosas por el punto de partida. Para Barth la identidad es una respuesta a un problema antropológico muy pertinente y particularmente álgido hoy en día, la persistencia de los *grupos étnicos*. Para mí tal persistencia no puede descansar sobre una categoría que, veremos, considero esencialmente subjetiva, y abordo el problema de la identidad frontalmente, o sea, como un problema en sí cuya incidencia sobre la persistencia de los grupos étnicos no va en el sentido de causa-efecto.

cia en el contexto particular en el que la retomaremos, el de las sociedades humanas.

2. Independientemente del contenido de dichos contextos, pero siempre tributaria de un contexto, es diferencial en cuanto implica que la identidad que se establece entre por lo menos dos elementos, lejos de ser absoluta (excepto en el caso de las matemáticas, sobre el cual regresaremos, sin profundizarlo), depende siempre de un parámetro que está fijado, si no pre-fijado, por una diferencia entre el conjunto al que pertenecen y otro conjunto; toma, pues, toda su significación dentro del contexto mayor que representan dichos conjuntos.

3. La definición que los diferentes diccionarios dan de ella en el campo construido de las matemáticas es representativa de lo anterior: “igualdad que se verifica *siempre*, cualquiera que sea el valor de las variables que contiene”,<sup>2</sup>

<sup>2</sup> M. Moliner, *Diccionario del uso del español*, Gredos, Madrid, 1981, p. 83. Cursivas mías.

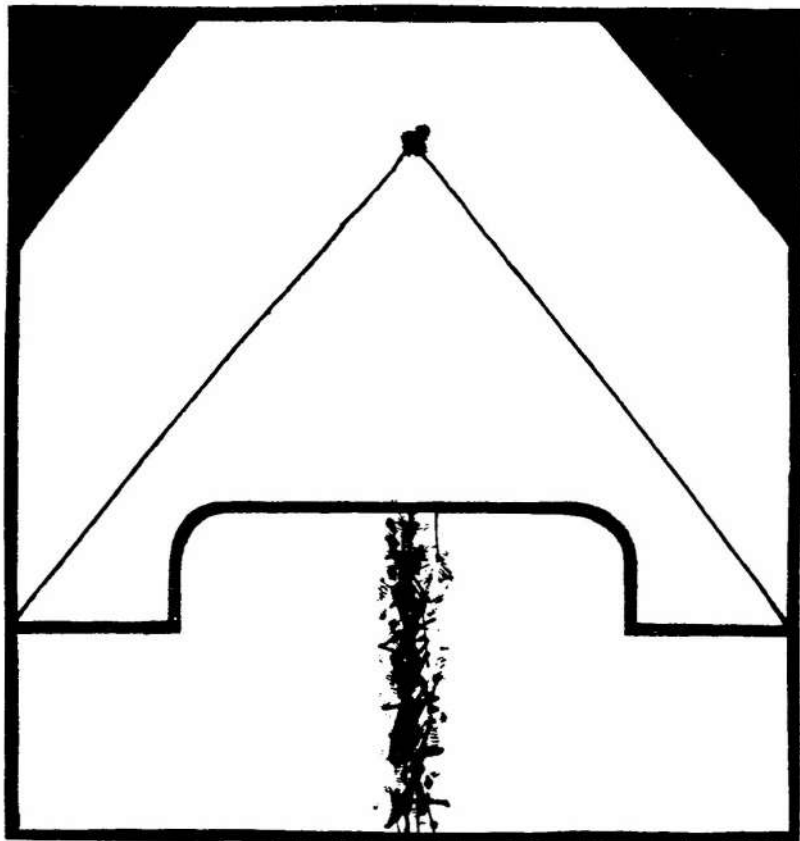


Ilustración de Vicente Rojo

con la aclaración, evidente pero silenciada por muchos de los que trabajan sobre este tema fuera de su contexto propiamente matemático, de que en lo inagotable de lo real todo componente de uno de sus recortes es siempre apto para ser escogido como variable, o sea que la  $x$  es cualquier elemento *seleccionado* por el estudioso, no forzosamente *científico* social. Esta característica permite explicar desde ahora que “jugar” sobre la identidad es siempre ganar y que el método inductivo-deductivo es el método privilegiado para toda investigación que recae sobre ella: los prejuicios que constituyen la parte más profunda de cada cultura y son los filtros de la observación permiten plan-

tear que, una vez establecida la identidad entre dos términos, será siempre posible encontrar *una* variable que ratifique dicha identidad. Anticipándome, si yo quiero “demostrar” que hay una identidad entre los diferentes elementos de una unidad, podré siempre encontrar un término en relación al cual igualar estos diferentes elementos.<sup>3</sup> Eso

<sup>3</sup> Tanto más cuanto la pereza mental, cada vez más notable en nuestro medio, acude a la “mayoría”, las “excepciones que verifican la regla” y otros tantos artificios, por no decir muletas, de nuestras disciplinas, valiéndose de la cláusula *ceteris paribus* para descartar los casos que no caben. Aprovecho este punto para introducir un libro (Margarita Xanthakou, *Idiots de village, conversations ethnopsychiatriques en Pé-*

vale, por supuesto, por la diferencia previa y nos llevará a problemas mucho más consistentes para nuestro campo de estudio: la conformación de las unidades que se seleccionaron y, por supuesto, los criterios de dicha selección, lo que en el terreno categorial forzosamente subjetivo que ya señalé, nos hace tocar un primer problema espinoso. Lo que conservaremos de estos tres primeros puntos para ir adelantando es que el problema de la identidad nos conduce, pues, a un problema *teórico* de constitución de unidades; la diferencia recae sobre tales unidades; la identidad sobre sus elementos. Eso nos conduce a lo que será el punto significativo para trabajar: ya no el problema de los elementos sino de los criterios que permiten asociarlos o diferenciarlos.

Una vez planteadas estas generalidades,<sup>4</sup> vamos a restringir nuestro campo de estudio y abordar los fenómenos estrictamente humanos; entramos, pues, en una dimensión doblemente subjetiva: la del que estudia y la de lo que se va a estudiar.

4. A partir de los resultados anteriores partiremos de la triple partición que las

*loponèse*, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1989), poco conocido todavía, por lo menos en México, que, además de tratar de una manera brillante este problema de las *excepciones* —ver particularmente pp. 298-300—, representa un gran adelanto en la antropología complementarista de Devereux. Tiene además el valor de presentar los casos sobre los que se basa para construir su discurso, posibilitando una crítica de sus interpretaciones que no puede más que enriquecer tanto al lector como a la misma investigación, más allá de los sujetos que personalizan sus resultados.

<sup>4</sup> Si bien me parece que son válidas para cualquier fenómeno, debo reconocer que pueden esconder diferencias esenciales que mi desconocimiento de otras problemáticas no me permite ver ahora; el problema sería si, y hasta qué punto, me podría ser útil descubrirlas.

llamadas ciencias sociohumanas acostumbra hacer para situar sus diferentes objetos: la *naturaleza*, la *cultura* y/o *sociedad* y el *hombre*.

Si bien el primer término, *naturaleza*, recubre un sinnúmero de fenómenos, nos limitaremos a los que atañen a la naturaleza humana. En cuanto nuestro género se diferencia de los demás, como esencialmente imprevisible y maleable, alude a lo universalmente humano sobre lo cual se apuntala la cultura, o sea a lo que se da en todos los tiempos y espacios, independientemente de sus diferentes manifestaciones y formas, aun cuando de una cierta manera supeditado a ellas;<sup>5</sup> desde este primer acercamiento, está ya introducida su *diferenciación* de *cultura*, diferenciación que presupone esta misma categoría y les da a ambas el sentido que, siguiendo a Lévi-Strauss, retendremos: "todo lo que es universal en el hombre corresponde al orden de la naturaleza y se caracteriza por la espontaneidad, mientras que todo lo que está sujeto a una norma pertenece a la cultura y presen-

<sup>5</sup> A partir de esto, quiero destacar un problema que presupone siempre una toma de posición sobre la preeminencia del juicio de existencia o del juicio de atribución, que dejaré explicitado a partir de una cita: "El juicio de existencia sólo se accede a partir de lo particular, mientras el juicio universal no califica ningún ser. El juicio de existencia es, pues, en un sentido, *segundo* en relación al juicio de atribución universal: éste destaca las condiciones de atribución del ser; pero es el juicio de existencia el que, secundariamente, hace o no lugar a este ser de lo particular" (Gerôme Taillandier, "Avant-propos. Présentation brève du Séminaire de J. Lacan sur l'identification", en M. David-Ménard, J. Florence, J. Kristeva, G. Michaud, J. Oury, J. Schotte, C. Stein, *Les identifications. Confrontation de la clinique et de la théorie de Freud à Lacan*, Denoël. L'espace analytique. París, 1987 (1986), p. 16); habría otras modalidades de plantear este problema, pero en este contexto no sería relevante extenderse más sobre lo que podría serlo en otro.

ta los atributos de lo relativo y de lo particular".<sup>6</sup> Pasando ahora a las características que nuestro género comparte con los demás, observamos que implica tanto a *sociedad*<sup>7</sup> como al individuo "representativo" de tal género, el *hombre* en este caso; el hombre está incluido en el mundo animal, es un ser animal cultural.

En relación con la segunda partición, empezaremos por considerar el primer término del binomio, *cultura*, por hacer, como lo acabamos de ver, la conjunción con la naturaleza: la cultura es la naturaleza de la humanidad, el sello de su especificidad, en el término fuerte de esta última palabra. Se condensa en su ser simbólico o sea estos mundos paralelos al mundo "natural", en su sentido amplio ahora, a partir de cuyos elementos se constituyen. Les da a los otros dos términos, *sociedad* y *hombre*, su dimensión "cultural", en el sentido de específicamente humana, es decir subjetiva, mientras la *naturaleza* les da su dimensión "natural" en el sentido de "objetiva". La *sociedad* vendría a ser otro puente entre *cultura* y *hombre* puesto que tan pronto como un individuo depende de algo que no le pertenece intrínsecamente, este *simbólico*, que no está inscrito en sus cadenas genéticas sino en los gestos, palabras, etc. de los demás o en estos objetos que sólo podrá descifrar a partir de un código que los demás detentan, debe relacionarse con éstos.<sup>8</sup> La vida social es, pues, inherente a nuestra especie, y el hom-

<sup>6</sup> *Las estructuras elementales del paratesco*, Paidós, Buenos Aires, 1988 (1947), p. 41.

<sup>7</sup> Aun si se puede considerar tal afirmación como antropocéntrica, es lícito sostener que hay *sociedades* entre los animales.

<sup>8</sup> Paralelamente, la *cultura* puede a su vez ser considerada como un puente entre *sociedad* y *hombre* en cuanto todas las relaciones que establecen entre sí los hombres tienen una dimensión significativa.

bre es igualmente un ser social. La *sociedad* se puede definir, en su sentido más amplio, y desde esta perspectiva, como el conjunto de las diferentes relaciones que deben establecer los diferentes seres humanos para que no desaparezca la humanidad.<sup>9</sup>

Por fin, en relación con el último término, ya vimos que era a la vez un ser biológico y sociocultural; si lo considerásemos como ser biológico, tendríamos un animal que no es capaz de establecer distancia entre él y su exterior, y que está sometido a sus propios instintos y a la inmediatez del momento; si lo considerásemos como ser puramente simbólico, tendríamos un robot, programado como un insecto social, pero desde afuera, que actuaría siempre conforme al código por el cual fue creado. La especificidad del ser humano como síntesis de estos dos aspectos hace intervenir una tercera dimensión, ausente hasta ahora de nuestro texto: esta dimensión propiamente *individual* de los instintos<sup>10</sup> siempre pasada por el molde de lo simbólico, lo *imaginario*.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Lo que implica forzosamente que el *individuo*, en sus diferentes escalas, pierda todo interés por sí solo puesto que la reproducción de unos puede implicar la desaparición de otros.

<sup>10</sup> *Individual* en el sentido que lo son el color de los ojos o del cabello de uno, independientemente de la medida en la que se apegue o no a la norma prevaletante en su grupo; pero con la diferencia cualitativa que hace que los ojos y el cabello permanecen ojos y cabello mientras los instintos se vuelven pulsiones.

<sup>11</sup> Esta diferencia del ser humano con los robots vino a sustituir en parte la diferencia del ser humano con los animales, cambiando igualmente el criterio de la diferenciación. En relación con los robots, muchas películas recientes, entre las cuales me bastará citar a *Darryl* y a *Robocop*, pueden considerarse como una reflexión cinematográfica sobre el problema de la soledad propia del ser humano que gira en ambos casos en torno a lo afectivo; su falta de sentimientos permite detectar al ser no humano en la pri-

Si bien tendremos que regresar sobre esta categoría, por ahora nos interesa sobre todo destacarla en tanto se opone a *simbólico* como lo *individual* a lo social. El proceso de sujetamiento, o sea este largo proceso que transforma al animalito humano en sujeto de un orden social que le precede, puede presentarse como el largo proceso que moldea socialmente el imaginario individual según el lugar que cada individuo ocupa, valga la nueva falta de proporción,<sup>12</sup> en la humanidad.

Ya tenemos todas las variables que constituyen el tablero dentro del cual podremos plantear nuestro problema y movernos a partir de las diferentes reglas que permiten el desplazamiento del sentido. La primera observación recae sobre la heterogeneidad de nuestras variables y, más precisamente, de las diferentes leyes en las que están imbricadas. Esperando que no sea un escollo insuperable, proseguiremos, situándonos en la franja que constituye la articulación de estas tres particiones de las cuales buscaremos captar las invariantes que permitan articularlas, independientemente del contenido particular de cada una.

En su largo proceso de sujetamiento cada individuo tendrá que construirse tanto el mundo exterior, físico<sup>13</sup> y social, que lo rodea, como su mundo interno, y el primer paso de este proceso será justamente la diferenciación entre lo interno y lo externo.<sup>14</sup> Este proceso

mera película y su presencia vuelve incontestable la sobrevivencia del ser humano en su envoltura de metal.

<sup>12</sup> La que implicará la introducción de un sinnúmero de mediaciones que son parte del trabajo científico.

<sup>13</sup> Que siempre será, para él, cultural, o sea significativo.

<sup>14</sup> Ésta se hará en función de la diferenciación entre lo *bueno* y lo *malo*: "El yo primitivo, regido por el principio del placer, quiere introyectarse todo lo bueno y expul-

de sujetamiento, siempre inacabado, se realizará a partir de un número infinito de ecuaciones simbólicas e imaginarias que, mientras introducirán al nuevo sujeto en los diferentes mundos culturales que se pueden construir analíticamente a partir de las regiones de lo real *significativamente* distinguibles en un momento dado, irán reduciendo cada vez más el campo de lo real en la conformación de la realidad, adecuando poco a poco su realidad psíquica a las realidades sociales y reestructurando continuamente su campo de lo posible: tal como tendrá que aprender a nombrar cada elemento concreto o abstracto para poder integrarlo en su es-

sar de sí todo lo malo. Lo malo, lo ajeno al yo y lo exterior son, en un principio, idénticos" (Sigmund Freud, "La negación", *Obras Completas*, tomo III, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973 (1925), p. 2885). Me parece que esta diferenciación será a su vez el sustrato de la ética, para no hablar de la estética, ambas inherentes a nuestra condición de seres humanos nacidos en blanco para los cuales la dependencia de lo simbólico posibilita la libertad, o sea la elección, anterior, y sólo anterior, a cualquier acción (André Leroi Gourhan, *Le geste et la parole, La mémoire et les rythmes*, Collection Sciences d'aujourd'hui, Albin Michel, París, 1965, pp. 20-21), entre por lo menos dos opciones, una siendo siempre la *mejor para el sujeto que la toma*. Que este *mejor* lo sea también para la *sociedad* o el *grupo social* al que pertenece tal sujeto, es otro asunto que enfrenta dos dimensiones *simbólicas*, ya sean éstas social o "individual" y supedita para siempre la humanidad a unas relaciones de poder que marcarán su evolución. Empezamos a vislumbrar aquí un primer desnivel entre estos últimos dos aspectos, inherente al proceso de *sujetamiento* que veremos pasar por el Otro; el hecho de que predomine uno u otro depende de los procesos históricos de individualización a partir de los cuales se puede, siguiendo a Louis Dumont, distinguir entre las sociedades *holistas* e *individualistas* y explicar la importancia de los "individuos" en las sociedades occidentales de los tiempos modernos; viene además a recordarnos que Marx todavía sigue vigente.

pacio,<sup>15</sup> este animalito tendrá también que aprender a comportarse, a sentir de tal o cual manera; aprenderá igualmente frente a quién y cuándo puede utilizar las diferentes opciones que le son abiertas; aprenderá, por fin, que él mismo es un quién de múltiples facetas que no siempre concuerdan entre sí. En este proceso de sujetamiento se irán anudando permanentemente dos trayectorias que se volverán históricas *après-coup*, la trayectoria de un grupo humano, a su vez divisible en varios subgrupos, y la trayectoria de un individuo; esta intersección se dará siempre en estos elementos "concretos" y "observables" que una situación requiere para que se reproduzca el todo al que pertenecen y que son justamente los componentes de estos diferentes mundos que constituyen la *cultura*; estos elementos siempre materiales que, siguiendo a la lingüística, podemos llamar *significantes*, son igualmente los que cada individuo tendrá que recrear sin fin, con o sin las variantes cuya dinámica influirá o no sobre el cambio social, a manera de los cambios genéticos que la selección natural desprecia o retoma. Esta vía nos permite anclarnos en este gran campo que es la *etnografía*. Lo que sigue ahondará más sobre la otra faceta de este proyecto: ¿qué buscar observar? y ¿en función de qué búsqueda?

Si existe algo como una "ciencia" de la cultura se puede plantear que los diferentes componentes de cada cultura están regidos por leyes que serán justamente las que se deberán construir. Independientemente, o quizás primera consecuencia, de las leyes que pueden ser comunes a todos estos elementos

<sup>15</sup> Los mitos de origen, en los cuales los dioses tenían los nombres de los elementos materiales imprescindibles para la vida del grupo que crearon, vislumbraron este fenómeno ha tiempo.

por el mero hecho de ser culturales, o sea productos de esquemas innatos del pensamiento universal humano, pertenecen a campos secantes o paralelos más amplios en los cuales cada uno de ellos adquiere su justificación y su significatividad; llamé anteriormente "mundos" a estos campos, pero son múltiples las denominaciones<sup>16</sup> que les dan los diferentes estudiosos. Varias, aun cuando jerárquicamente ordenables, son las preguntas que les puede hacer un teórico social a estos mundos. Tres serán las que retendré: sobre su función, sobre su lógica interna y sobre su historia. Dejando esta última por una fase conceptual y concretamente posterior, nos limitaremos aquí a abordar las dos primeras para acercarnos a lo que se presentó como uno de nuestros dos ejes, el de la *identidad*, por el cual iniciamos esta comunicación y que remite a uno de estos "mundos" cuya especificidad estaría centrada sobre la constitución nunca acabada de sujetos.

Regresemos a las ecuaciones que mencionamos. En el principio, como nos lo recuerdan todos los mitos de origen, estaba el caos, o sea la *indiferenciación*. Con la primera palabra, representativa de lo Simbólico, capaz de darle permanencia a la cosa canalizando la energía, fuente de lo Imaginario, del todavía animalito humano de la cosa a su representación, se abre una larga cadena en la cual, por procesos de asociación —procesos metonímicos de desplazamiento y metafóricos de condensación—, cada objeto y fenómeno del mundo exterior deberá ser inscrito en el registro simbólico del ahora sujeto. Sólo frente a lo que son todavía sus

<sup>16</sup> Entre ellas quiero recordar las de *lenguajes*, *sistemas simbólicos*, *sistemas culturales*, etc. Si bien todas apuntan a las mismas regiones de lo real, cada una presenta matices particulares que se tendrían que considerar en cada caso.

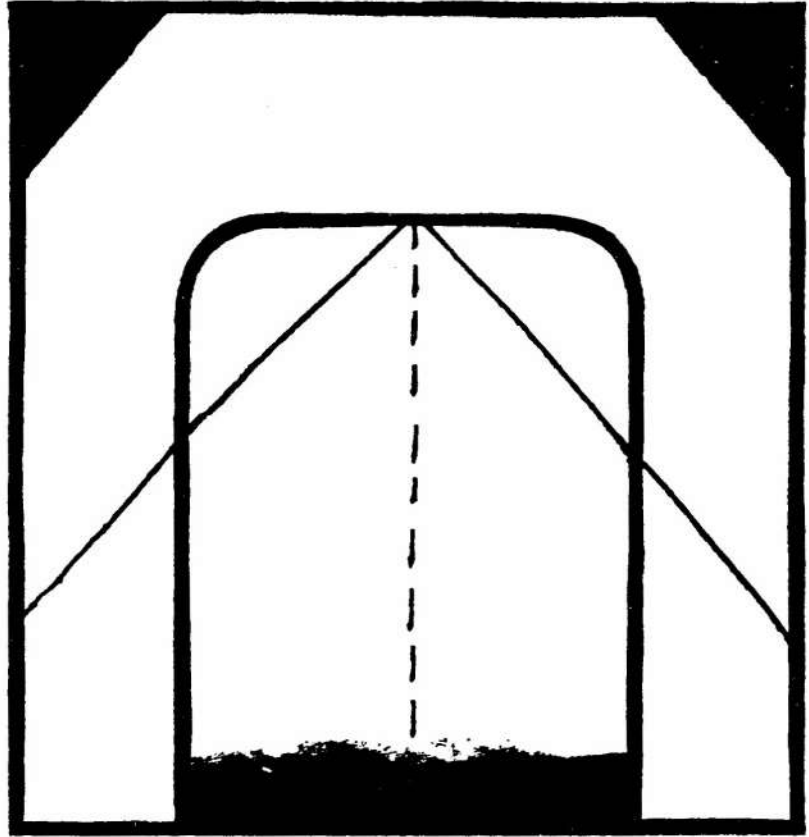


Ilustración de Vicente Rojo

necesidades, el animalito humano tendrá que aprender que no le son directamente accesibles y que debe pasar por el otro para satisfacerlas. Aprenderá igualmente que este otro imaginario, cuya imagen está cargada positiva o negativamente<sup>17</sup> es a su vez accesible sólo

<sup>17</sup> Aun cuando se tendrá que esperar al final de este texto para que la observación presente tome toda su significación, abriendo nuevos horizontes, me parece importante introducirla desde ahora: la *convivencia* con otros individuos (la que, por tratarse de seres humanos, no implica forzosamente una presencia física sino que permite una presencia *in effigie*, o sea a través de otros, físicamente humanos o condensados de humanidad), permanente u ocasional, le permite a cada uno de ellos, a través de procesos

a través del lenguaje, o sea de convenciones sociales, y que junto a él, coexiste siempre un Otro simbólico. El rodeo por las interposiciones que le permiti-

selectivos (que darán pie a que, a partir del mismo fenómeno concreto, "unidad de varias determinaciones", se puedan dar resultados opuestos), tanto volverse "idéntico" a ellos, a partir de *cargas positivas* que propicien la "imitación" y asimilación de lo compartido, como "diferenciarse" de ellos, a partir de *cargas negativas* que propicien ahora las negaciones y rechazos de este mismo compartido; estos fenómenos, presentados a nivel individual, podrían ser transpuestos al nivel *grupal*, considerando entonces el grupo como la unidad pertinente y los individuos articulados internamente a partir de mecanismos subjetivos ya trabajados por diferentes escuelas y estudiosos.

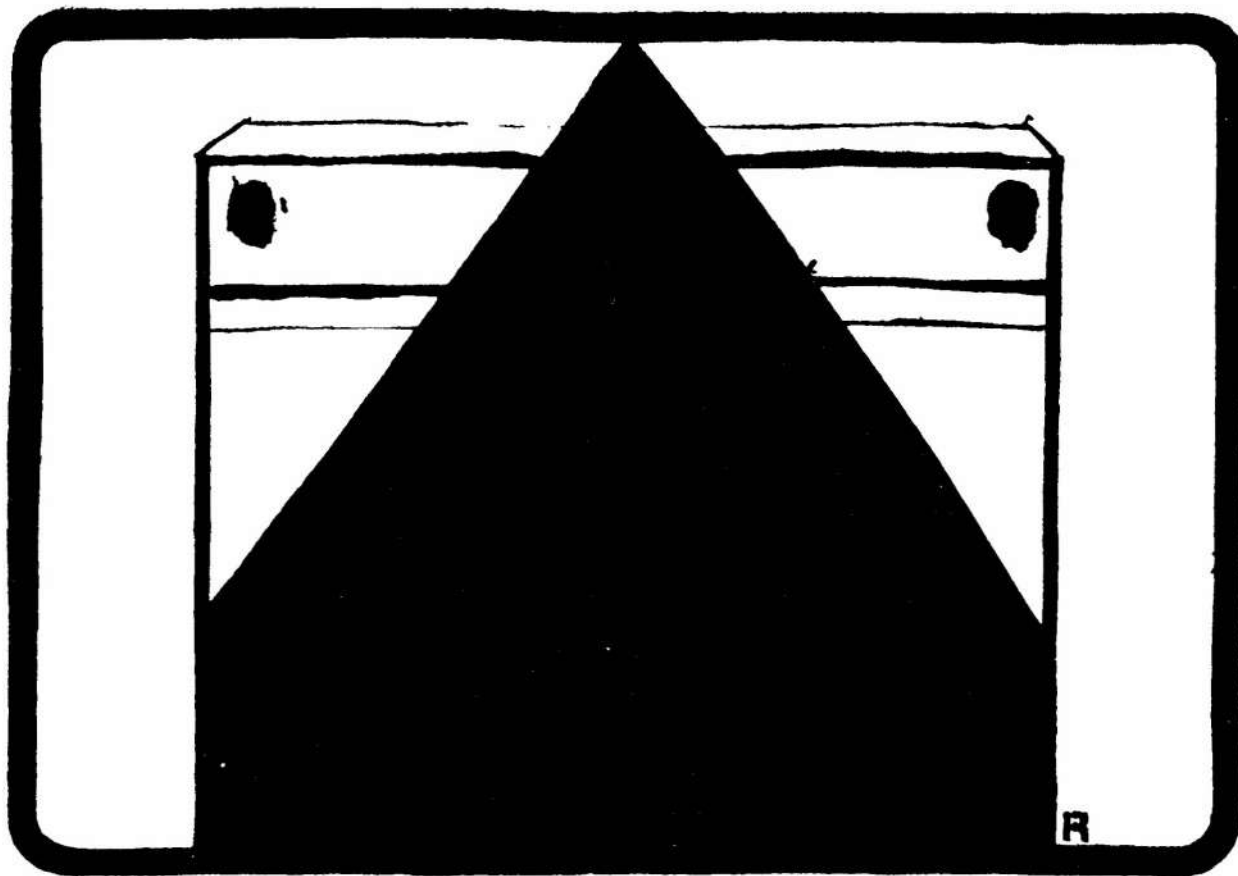


Ilustración de Vicente Rojo

rán el acceso a la satisfacción de sus necesidades, transformará entonces éstas en deseos cuyos objetos serán más o menos accesibles según las asociaciones altamente complejas que les habrán relacionado con el primer objeto cuyo nombre suplió su presencia física, iniciándose este proceso ininterrumpible de ecuaciones imaginarias y simbólicas: este momento de aparición de lo simbólico hará pasar ontogénicamente el nuevo sujeto<sup>18</sup> del mundo de las

<sup>18</sup> Me parece que se puede establecer una analogía con el fenómeno filogenético que hizo pasar nuestra especie del mundo de la naturaleza al mundo de la cultura: "Cualquiera que haya sido el momento y las circunstancias de su aparición en la escala

necesidades al mundo de los deseos, del mundo regido por el principio del placer al mundo regido por el principio de la realidad.<sup>19</sup> La energía libre re-

de la vida animal, el lenguaje ha tenido que aparecer de una sola vez. Las cosas no han podido ponerse a significar progresivamente. Después de una transformación cuyo estudio no corresponde a las ciencias sociales, sino a la biología y a la psicología, se efectuó el paso del estado en que nada tenía sentido, a otro en que todo lo tenía" (Claude Lévi-Strauss, "Introducción a la obra de Marcel Mauss", *Sociología y antropología*, Tecnos, Madrid, 1979 (1950), pp. 38 y 39).

<sup>19</sup> Si bien para la práctica psicoanalítica es imprescindible precisar que el principio de realidad subordina el principio del placer al principio de muerte, el marco en el cual nos ubicamos nos permite, por lo me-

gida por el principio del placer deberá ser ligada a representaciones de sucesos satisfactorias o por lo menos neutrales, socialmente sancionadas, tratando de escapar a situaciones desagradables, y será el motor de toda acción individual. Ésta tendrá por resultado la constitución de estos mundos internos y externos o, más exactamente, la constitución del mundo interno, el que viene a ser designado como la *personalidad*, la *realidad psíquica*, o cualquier otra denominación correspondiente, y el anclaje al mundo externo, dándose un lazo inquebrantable entre ambos mun-

nos así lo creo por ahora, prescindir de este último.

dos a partir de lo que vimos son los significantes. Recordando la primera subjetividad que planteamos como el fundamento sobre el cual se construye todo intento de aprehensión, por lo cual pierde toda significatividad, podemos llamar *subjetivo* al primer mundo en cuanto implica la actualización, o potencialidad de actualización, de una propiedad específicamente humana, y *objetivo* al segundo en cuanto es el resultado del primero,<sup>20</sup> lo que pone el acento sobre el carácter diferencial de estas dos categorías, siendo la segunda siempre la materialización, más o menos directa, de la primera. Dejando por ahora al segundo mundo —después de destacar que, si bien ambos son sociales, es éste el que se acostumbra calificar de *social*—, nos centraremos sobre el primero por los objetos peculiares que en él se construyen: los objetos *humanos*.

Todos involucran la delimitación física que, representada por el cuerpo, es reconocida como unidad por toda sociedad y estudiada por lo tanto por las diferentes disciplinas de las ciencias sociohumanas, aunque bajo diferentes enfoques y nombres; entre éstos retendremos el de *persona*, que pertenece a una larga tradición antropológica, y el de *sujeto*, que pertenece a una tradición marxista-freudiana más reciente.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> A partir de una analogía con la oposición que se puede hacer entre *trabajo vivo* y *trabajo muerto*, en cuanto aquél presenta, como los deicticos (O. Ducrot y T. Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Siglo XXI, México, 1981 (1972), p. 292), la facultad de introducir los sujetos en la estructura, en contraposición a éste.

<sup>21</sup> Esta diferencia no es insignificativa, puesto que apunta a un cambio de problemática que se puede caracterizar como el movimiento de dichas ciencias, que va de lo más externo a lo más profundo; al abordar fenómenos que involucran cada vez más el narcisismo propio de los seres humanos, encuentran paralelamente obstáculos cre-

Es por esta vía que regresamos al campo de la *identidad* que habíamos momentáneamente dejado para pasar del empleo generalizado, a propósito del cual hicimos los tres primeros comentarios, al empleo particularizado para el cual desarrollamos este punto 4. Para proseguir retomaremos los diferentes resultados que acabamos de establecer.

5. Como *individuo* inmerso en un sinnúmero de unidades sociales mayores, ellas mismas conformadas por determinadas relaciones entre sus innumerables componentes, dentro de las cuales deberá ser “reconocido” o “desconocido” como sujeto de tales o cuales relaciones,<sup>22</sup> todo ser humano debe cumplir con dos condiciones: 1) integrarse como singularidad a dichas unidades, o sea llegar a compartir con los demás integrantes los elementos mínimos que permitan que bajo una *conformación-organización singular*<sup>23</sup> responda co-

cientes para su comprensión. Otra observación me parece indispensable: esta categoría de *sujeto* recubre realidades conceptuales propias a cada una de estas dos tradiciones.

<sup>22</sup> Lo que implica a su vez reconocer a los otros sujetos y por ende reconocerse a sí mismo. En todo el desarrollo posterior daré por supuesto la adecuación de estas tres dimensiones, que podrían ser las de un mismo fenómeno, aun cuando es imprescindible precisar desde ahora que nunca se da tal adecuación, pues este desajuste multifacético, uno de los canales del cambio social, desempeña, entre otros papeles, el de ser uno de los tantos mecanismos de control social.

<sup>23</sup> Es decir, la combinatoria de la infinidad de los elementos que constituyen los diferentes mundos culturales en los que está imbricada cada singularidad, a la manera de la *genética*, para la cual cada individuo es único, aun cuando cada unidad mínima genética sea común a un sinnúmero de individuos, o a la manera de la *lingüística*, para la cual cada lengua es única aun cuando cada unidad fonémica mínima sea común a un número mayor de lenguas; tales elementos vendrían a ser las unidades mínimas de esta “conformación-organización” subjetiva que

*mo se espera* en las determinadas<sup>24</sup> situaciones en las que se encuentra; el psicoanálisis nos enseñó que es identificándose, imaginaria o simbólicamente con el o/Otro que habrá logrado *internalizar* estas diferentes e infinitas respuestas; 2) “diferenciarse” a su vez en mayor o menor grado de cada uno de ellos, permaneciendo siempre único.<sup>25</sup> Se dará un juego constante de interrelaciones entre estos fenómenos de integración y diferenciación que permiten que se den, a nivel social, la *identidad con* como la *unicidad frente a*, de los diferentes sujetos tanto en lo real como en sus múltiples aprehensiones; tomando en cuenta que un sujeto es siempre un sujeto en *situación*, este juego se hará de acuerdo con las perspectivas desde las que se pueden examinar las diferentes unidades de inserción del sujeto considerado: *externamente*, o sea tomando en cuenta las diferencias que presentan entre ellas<sup>26</sup> o *internamen-*

me parece ser un término más adecuado que él de *personalidad* en cuanto permite descender al sujeto.

<sup>24</sup> Determinadas en el sentido de que dependen de condiciones siempre cambiantes.

<sup>25</sup> Siendo esta “unicidad” diferente de la aludida cuando hablamos de conformación-organización *singular*, puesto que ésta es una propiedad de lo real, mientras aquella, si bien en varias ocasiones se puede apoyar sobre estas mismas características de lo real, es social, o sea simbólica.

<sup>26</sup> Aquí habrá que diferenciar las unidades *comparables*, unidades de producción, de consumo, estados, familias, iglesias, sindicatos, etc., de las que no lo son, tomando en cuenta que los parámetros de comparabilidad cambian, puesto que son unidades discretas que se construyen *teóricamente* a partir de criterios que por supuesto se apoyan sobre fenómenos concretos, pero más o menos global y directamente *refractados* en el nivel teórico; si, desde esta vertiente, se considera al sujeto como un mero robot ocupando un lugar en un determinado proceso de reproducción, se tendría un equivalente de la conocida *personalidad de base* de Linton y Kardiner. Vale la pena añadir

te, o sea enfocando las diferentes situaciones espaciales, temporales y culturales<sup>27</sup> en las que dichos sujetos se deben realizar en su actuación. Aun cuando presentamos la partición principal en términos de *identidad/unicidad*, vale la pena aclarar que, retomando a Ortigues,<sup>28</sup> ambos se pueden considerar, aun cuando no incorporen totalmente los mismos fenómenos, en términos de *procesos de identificación/referencias identificatorias*. Nos podemos preguntar si se puede construir, a partir de estos nuevos reacomodos de elementos multidimensionales, fenomenológicos/estructurales, conscientes/inconscientes, objetivos/subjetivos, una nueva problemática capaz de superar las dos en las que se insertan tradicionalmente, o si, lo que considero más probable, tales reacomodos nos permiten solamente reafirmar la originalidad teórica irreductible de cada una, por lo menos por esta vía.

Si bien nos podríamos quedar aquí, quisiera introducir los últimos elementos que permitirán una crítica más fun-

una interrogante que podrá ser retomada: tomando en cuenta que estas unidades tienen efectos *estructurantes mediatizados* sobre los sujetos que las constituyen y que ellas determinan en mayor o menor grado, habrá que ver si, al tener una homogeneidad pertinente que permite diferenciarlas de otras unidades, existe una homología entre los criterios retenidos para su construcción y las unidades mínimas subjetivas involucradas, destacándose, para sus diferentes individuos, elementos en común cada vez diferentes según la "puesta en contexto" de dicha unidad mayor.

<sup>27</sup> Al escribir "culturales" queda explicitado que el primer acercamiento a estas unidades privilegia el enfoque "social" como lo explicité hablando de *unidades sociales*.

<sup>28</sup> "Las referencias identificatorias en la formación de la personalidad", en J. Kristeva, O. Mannoni, E. Ortigues, M. Schneider y G. Haag, (*El Trabajo de la Metáfora, Identificación/Interpretación*, Gedisa, Madrid, 1985 (1984).

damentada. Por eso mismo, finalizaré esta presentación con algunas precisiones sobre estas dos condiciones empezando por la segunda: *unicidad*. Ésta ha sido ya trabajada adecuadamente por la antropología, bajo su conceptualización como *persona*<sup>29</sup> y, en relación con las unidades que se pueden fundar sobre el parentesco, por los estudiosos de las terminologías de parentesco. Tal unicidad es el requisito forzoso de que cada individuo, además de ser *realmente* singular se tenga que diferenciar de todos los demás con los que entra en contacto, real o potencial, presente o pasado, ya que la indiferenciación<sup>30</sup> es socialmente incompatible con el sello mismo de nuestra humanidad, lo *simbólico* cuya base es justamente la oposición.<sup>31</sup>

El tener que ser socialmente siempre "singular", "único", "inconfundible" en cada situación social, y sobre todo *reconocido* como "singular", "único", "inconfundible", descansa sobre un có-

<sup>29</sup> Me limitaré aquí a mencionar los nombres de Mauss, "Une catégorie de l'esprit humain: la notion de personne, celle de 'moi'", *Sociologie et anthropologie*, PUF, París, 1968 (1938), pp. 333-361; de Geertz, "Persona, tiempo y conducta en Bali", *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México 1987 (1973), y de Hérietier, "L'identité samo", *L'Identité*, varios autores, Quadrige-PUF, París, 1977.

<sup>30</sup> Que nunca se da, ni en los casos extremos de "pérdida de identidad" como lo podrían ser los regímenes carcelarios, puesto que tan sólo el número, por poco "humanizados" que sean los números, es propio de cada uno; el caso de los autistas requeriría de un tratamiento especial que no es de nuestra incumbencia aun cuando permitiría, como lo permite el estudio de cualquier caso *anómalo*, echar luz sobre nuestro problema.

<sup>31</sup> El problema de la indiferenciación, a nivel psicoanalítico, en cuanto movilizador de agresividad, fundamental para la constitución del sujeto, no es importante aquí.

<sup>32</sup> El anonimato es justamente lo que permite ser reconocido transgrediendo dichos

digo común,<sup>32</sup> en el cual cabe destacar la importancia de la nominación, compartido por el conjunto de los que *reconocerán y se reconocerán*, y que, dependiendo de las situaciones retenidas, permite crear *clases* más abarcativas de inclusión y de exclusión. Los diferentes códigos en los que está incluido cada sujeto lo marcan en cuanto le imponen los significantes de su vida y hacen de él un *significante para otros significantes* con todo lo que esto implica, desde la mera etiqueta hasta la programación de su comportamiento, afectos, relaciones, moral, etc. que dirigirán su vida, y, en cuanto compartidos por los demás miembros de sus grupos, nos regresarán a la segunda condición. Las líneas de investigación que se nos abren son varias y retoman tanto las que fueron ya trabajadas por los autores citados y otros, como las que, concretizadas por preguntas pertinentes más exhaustivas, serían más propias y objeto de fases posteriores. Presentaremos algunas de ellas a continuación a manera de ejemplos: ¿cuáles son las marcas que, para retomar a Ortigues, podemos denominar igualmente referencias identificatorias, que permiten dirigirse, ubicándolo en tal o cual contexto, a un individuo? Pero igualmente, ¿cuáles son los elementos que servirán de base a estas marcas? Sus significados son estrictamente inconscientes y socioculturales, y pensamos que constituyen varios de los lenguajes que presiden el desarrollo de la vida social de cada grupo humano. Presentan, por eso mismo, una ventaja en cuanto se pueden trabajar de una manera relativamente fácil y sobre todo confiable, lo que permite su planteamiento "científico". puesto que, ya

códigos específicos de cada situación: lentes de sol en lugares cerrados para las actrices, indumentaria del común de los mortales para un presidente, etcétera.



lo hemos visto, los significantes son *observables*, y las bases de su estudio están ya dadas a partir de la lingüística y el estructuralismo. Además de su “función” de representar a un sujeto en un momento dado, estas marcas dan un sinnúmero de información sobre el *grupo de referencia* más amplio que representa la *sociedad*, tanto sobre su organización social<sup>33</sup> como sobre su *ethos*.<sup>34</sup>

Nos interesa mucho más la primera condición, *identidad*, porque me parece que no ha logrado todavía ser planteada apropiadamente, por haberse puesto el acento sobre *identidad* sin pasar por los *procesos de identificación* que considero son la base de un nuevo desarrollo más riguroso; estos procesos nos regresan a nuestra dimensión subjetiva a la potencia dos, remitiéndonos al problema de *pertenencia*

<sup>33</sup> Particularmente sobre los subgrupos pertinentes para la sociedad en cuestión y las diferencias que considera significativas, dependiendo, por supuesto de los contextos. Este punto es importante para poder detectar las “identidades”, es decir cuáles de los diferentes significantes que conforman un solo sujeto son significativos en un momento dado: ¿étnicos?, ¿de género?, etcétera.

<sup>34</sup> Por ejemplo los valores que están asociados con el empleo de tal o cual marca; los contextos de los que provienen dichas marcas; las ocasiones en las que se emplean; sus diferentes modalidades de presentarse: ¿se encuentran dentro de la lengua?, ¿dentro de otros lenguajes?, ¿son corporales?, ¿son “internos”, o sea propios del individuo, o contextuales? (por ejemplo denotar a un individuo como “es el pelirrojo” —que implica que en su contexto sea uno de los pocos, si no el único, pelirrojo— apunta a un contexto diferente del contexto en el cual se denotará a un individuo como “es el que vive en la casa roja” —lo que se conserva es, por supuesto, la “singularidad” de tal casa que permite su observación inmediata—), ¿se acompañan de ritos especiales —como cuándo se dirige uno a una “persona” importante, conllevando el protocolo escogido—?; serían unos de los puntos sobre los que nos puede informar.

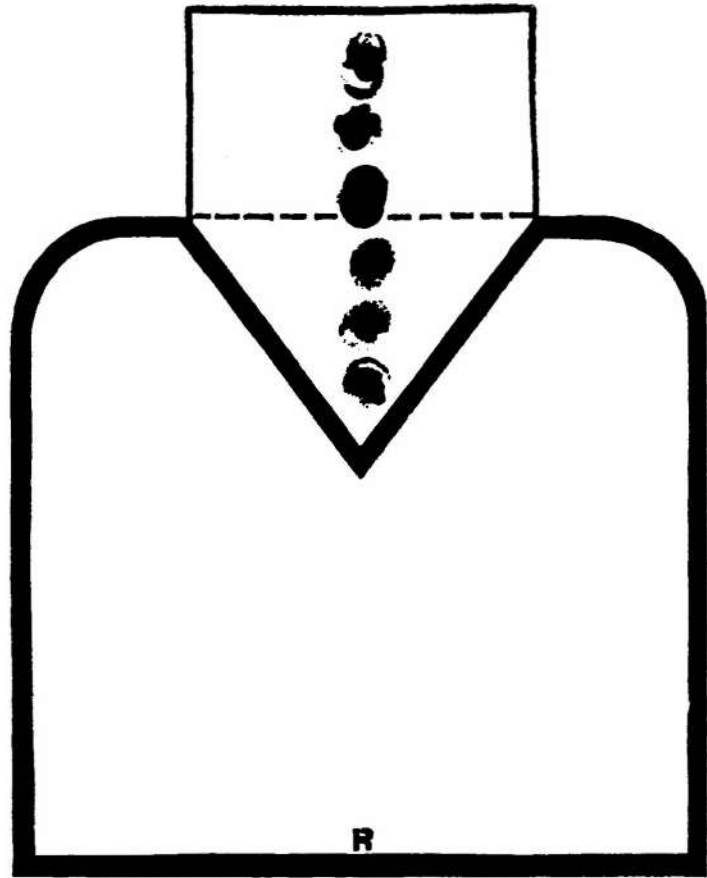


Ilustración de Vicente Rojo

“sentida”<sup>35</sup> por el sujeto que, a su vez, nos remite a un problema de anclaje, y de varias formas de anclaje, de un individuo humano en los diferentes grupos sociales<sup>36</sup> a los que está *adscrito*; es es-

<sup>35</sup> Acompañada por el hecho de ser reconocido por los demás “como perteneciendo a” (retomo aquí lo que se dijo en la nota 22), tenemos que añadir a este nivel *formal* que es el del enunciado, el nivel de la enunciación.

<sup>36</sup> Si bien será de interés primordial desarrollar el problema de la articulación de estos grupos en el momento de llevar este marco teórico a lo real, aquí me limitaré a introducir los dos ejes, “en muñecas rusas” o en “entretejido”, que se puede tomar para construirlos; desde la problemática de los *modos de producción* o desde la problemática del *estilo étnico*.

te *sentimiento de pertenencia*, en cuanto *sentimiento*, enteramente dependiente de lo simbólico *para expresarse*, el elemento más subjetivo de la identidad cuando se le aplica rigurosamente este término a un sujeto.<sup>37</sup> Encapsulado por

<sup>37</sup> Me parece que es el que está hoy en día privilegiado por los antropólogos que, a partir de E. Barth, acentúan el papel del individuo; aun cuando en su “Introducción” a *Los grupos étnicos y sus fronteras* vienen los dos términos, *identidad* y *pertenencia*, en mi opinión es a esta última a la que Barth se refiere cuando habla de *autoadscripción*, concepto clave de su problemática. Al otro extremo estarían los antropólogos que, de hecho, reducen el problema de identidad a un problema meramente cultural, sin buscar lo que es, para mí, la especificidad de *esta*

lo simbólico como todo lo imaginario, es justamente lo que tendrá que ser neutralizado o canalizado para ser puesto al servicio de la comunidad,<sup>38</sup> a partir justamente de las ecuaciones mencionadas. Me parece que aquí se ubica este fenómeno específicamente humano de la *identidad*.<sup>39</sup> Así, el nuevo paso,

parte cultural en relación con las demás, o sea su dimensión subjetiva; para hacer lícito tal procedimiento, tendrían entonces que hacer caso omiso del sujeto, lo que raras veces logran, y limitarse a diferenciar significativamente unidades sociales, muy a menudo dadas por supuestas. Aun cuando éstos, al prescindir de los sujetos, están más cerca de una resolución adecuada del problema que Barth, quien al introducir el sujeto en cuanto sede de estrategias individuales no diferencia los dos niveles consciente e inconsciente, se equivocan, por esta misma *superioridad* que los hace quedarse en el nivel puramente simbólico y de "robots", en el hecho de que no son cualesquiera rasgos culturales los que intervienen en el fenómeno *identidad* sino sólo unos, que son los que permiten la diferenciación en tal o cual circunstancia.

<sup>38</sup> Me parece importante detenernos una vez más para hacer dos nuevas consideraciones: 1) regresamos al problema planteado en la nota 14; 2) tendremos que ver, en un momento ulterior, si esta *pertenencia*, que viene casi siempre precedida de la palabra *sentimiento* es capaz de movilizar sentimientos específicos que tienen una relevancia, ya reconocida o todavía no, para un etnólogo.

<sup>39</sup> Ejemplificaré esta observación con una escena de un clásico del cine que ningún estudioso del tema puede desconocer. En *Casablanca*, cuando entran los alemanes en el café que reúne tanto a los franceses, orgullosos o no de serlo, y a sus satélites, sujetos principales de la película, independientemente de la *procedencia real* de cualquiera y de la personalidad en su sentido más amplio. *todos* reaccionan *emocionalmente*, como unidad grupal, frente a lo que representan los alemanes, como otra unidad grupal. en este momento; vehiculados por emociones. se encuentran en presencia dos concentraciones de *identidades*. Claro, habría que ver si, y cómo en este caso, se puede extrapolar a otras sociedades lo que parece característico de las sociedades occidentales.

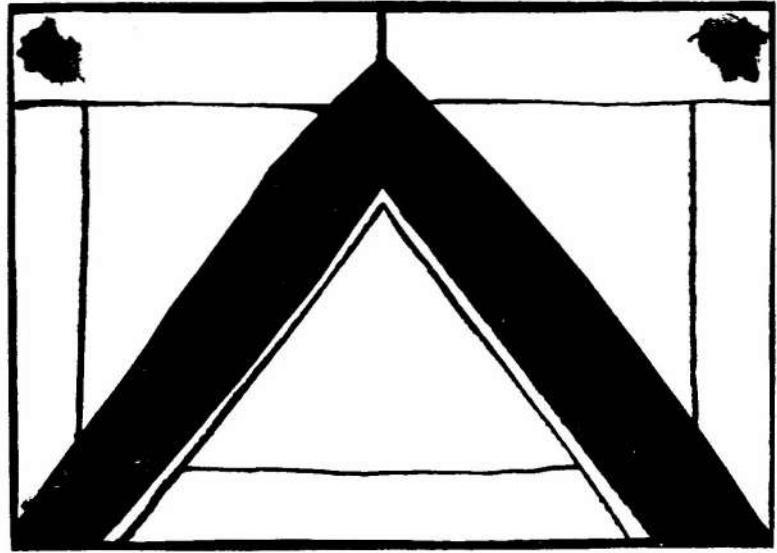


Ilustración de Vicente Rojo

que no daremos aquí, nos llevará a privilegiar su dimensión subjetiva, o sea a considerar los significantes desde el sujeto,<sup>40</sup> en cuanto son capaces de "encapsular" sus pulsiones para hacer de él un individuo capaz de "reaccionar-actuar" de acuerdo con tal o cual situación. Me parece pertinente aclarar aquí que trabajar a este nivel es siempre trabajar en el nivel micro en el que el "individuo" tiene una cierta influencia aun cuando cada una de estas *situaciones concretas* es explicable desde dos campos teóricos diferentes autónomos, con conceptos propios válidos únicamente en sus respectivos contextos. El primero trabaja lo social y es el que más toca

<sup>40</sup> Dentro de estos significantes que marcan un sujeto, ya vimos algunos de ellos en su dimensión *objetiva* y en cuanto permiten *individualizar* cada sujeto, pero tienen igualmente una dimensión *subjetiva* desde la cual tienen el efecto "contrario"-corolario de integrarlo. Hay que aclarar que éstos están subordinados a aquéllos puesto que *pertenecen* al patrimonio común de un grupo que cada nuevo integrante tendrá que *internalizar*; más todavía, pueden ser los mismos aun cuando en contextos diferentes.

mos; ya sabemos que hay *universales*, o sea categorías que se dan en todas las sociedades humanas conocidas, conocibles o reconstruibles. El otro trabaja la dimensión *individual* con la precisión de que un individuo humano lo es siempre por, en y desde un grupo social, e incluye igualmente *universales* o categorías que se dan para todos los individuos humanos. Pero quizá se puede plantear que este nivel de *universales*, tan "sociales" como "individuales", unifica otra vez, lógicamente ahora, las dos problemáticas —pienso, por ejemplo, en un mecanismo como la *mistificación*—,<sup>41</sup> los primeros apuntalándose sobre los segundos.

Así, el nombre Pedro permite, en una familia —ya en un contexto más amplio no puede ser suficiente— distinguir a este individuo; pero el día de San Pedro permite a todos los Pedros compartir algo en común; es sin embargo común a ambas situaciones que los sujetos presentes sepan mínimamente de qué se trata.

<sup>41</sup> Véase mi proyecto de investigación "La mistificación: un mecanismo subjetivo de la ideología", presentado en una mesa de trabajo en la entonces DEAS el 17 de mayo de 1985.



Portada de *De humani corporis fabrica*, de Vesalio, 1543.

# Antropología y medicina